

La herencia
Copyright ©2002 Jesús Quintanilla Osorio

No part of this publication may be reproduced in any form or by any means, electronic
or
mechanical, including photocopy, recording or any information storage and retrieval
system
now known or to be invented, without permission in writing from the publisher, except
by a
reviewer who wishes to quote brief passages in connection with a review written for
inclusion in a magazine, newspaper, or broadcast. Contact

Proyecto Editorial WindWisper,
PO Box 470
Fajardo, PR 00738

Derechos reservados ©2002 Jesús Quintanilla Osorio
Se prohíbe reproducir, almacenar o transmitir cualquier parte de este libro en manera
alguna
ni por ningún medio sin previo permiso escrito, excepto en el caso de citas cortas para
críticas. Para recibir más información, dirijase a:

Proyecto Editorial WindWisper,
PO Box 470
Fajardo, PR 00738.

La llegada de Vincent Klaus, el hasta ahora desconocido personaje groenlandés con la más rica tradición de su nación, había llegado a París en medio de los comentarios de la prensa que en ese inicio de siglo, 1803, sugería la existencia de una cuantiosa herencia para el hijo heredero de los Klaus. En su extensa genealogía, los conocedores del tema, aseguraban existían toda clase de reyes y príncipes trasmitiéndose un legado de exorbitantes sumas.

Y el hogar que ocupó a su llegada a la Vieja Ciudad Luz, movía a quien quisiera pensarlo así a sentir que trataba con un hombre bastante acaudalado y lleno de riquezas.

Por eso, cuando los famosos ladrones Santín La Pierre y su hermano Demas leyeron en el octavo de página de la portada tan especial noticia, comenzaron a hacerse idea inmediatamente del monto de tan fabulosa suma.

“¿Has leído el periódico de esta mañana, Demas?”, le inquirió Santín.

Desde el baño y con su habitual malhumor, Demas le respondió casi cortante.

"¿Alguna brillante idea? Desde los robos a la casa Mar no hemos tenido suerte"

"Esta vez suena distinto, hermano...es groenlandés"

"¿Qué es eso? ¿No es Groenlandia un pedazo grande de hielo sin más cosas que hielo...? ¿Qué tiene de especial el tipo? ¿Icebergs?"

"Eres insoportablemente pesimista, Demas. Vente, ya está el café"

Demas entró a la estancia visiblemente molesto, como todas las mañanas, cual si le pesara ser parte de este mundo.

Así que, desde unos quince días atrás, estaban a la caza de una buena noticia.

Por esta razón, Santín debió alegrarse ante el anuncio de la llegada del señor Klaus.

Constituía la oportunidad de volver a las andadas sin tantos peligros.

Seguramente el hombre contaría con una mínima servidumbre, la necesaria para el viaje desde su lejano país, y todavía no debería ser muy difícil de penetrar.

"Debemos intentarlo, Demas...Es una oportunidad única. Todos los ladrones de París deben estar al acecho, para quedarse con esta herencia"

Demas sorbió su café y aporreó la taza hasta casi hacerla añicos con tan severo golpe.

"Olvidalo, debe tener guardia especial"

"No seas pesimista, hermano, el hombre es un extranjero. No tiene la menor idea de los hábiles rateros del viejo París... vamos a beneficiarnos...confía en mí, hombre"

S antín siempre le hacía reír.

Era una de las cualidades de su hermanito. Incluso en los tiempos más duros, cuando echarse un mendrugo a la boca era una hazaña, el más joven de ellos, le gastaba una broma para atemperarle un poco los ánimos alicaidos.

“Hay hermanito, tú siempre tan jocosillo”

“La vida es muy bella, hermano, no debemos desaprovecharla con tristezas y depresiones”

“A ver, déjame ver esto que te ha llamado a la atención”, y tomó el recorte del periódico, con gestos algo rígidos.

“Vincent Klaus”

“Así se llama Demas, se ve que es un hombre muy, pero muy rico”

“Eso parece...¿te gustaría echar los pormenores?”

“¡Eso es, hombre!”,

Y es que, “echar los pormenores” era siempre el inicio de un trabajo.

Demas le encargaba a su hermanito la parte fácil, espiar desde un lugar cercano el sitio de la próxima visita, mientras él, disfrazado de mendigo, investigaba a detalle los modos de entrar sin ser visto.

Se dedicaron con su habitual profesionalismo a investigar todos los puntos fuertes y los flacos de tal empresa, y al final de la semana, cuando ya contaban con un plano detallado, y la amistad de una de las sirvientas recién contratadas, que por cierto ignoraba que el par de inteligentes letrados que le obsequiaban con flores y detalles, realmente eran ladrones muy habilidosos expertos en el vestuario y el maquillaje, para pasar desapercibidos en ese barrio.

“Ya tenemos los detalles, hermanito, es hora de fijar la fecha”, anunció triunfalmente Demas.

El otoño llegaba a su fin.

Era el día 21 de diciembre de ese año.

Sólo faltarían días para terminar 1803.

Tendrían sólo una oportunidad.

Una mágica oportunidad.